

cito español volvía á verse cerrado inmediatamente por nuevos batallones que le oprimían y amenazaban aplastarle con su peso. Los jefes mejicanos, anhelantes de gloria y resueltos á vencer á toda costa en aquel día, se lanzaban con sus columnas de guerreros sobre sus contrarios, descargando furibundos golpes con sus terribles armas. Las lanzas de unos y otros se cruzaban, y el cortante *maquahuitl* y la espada toledana chocaban, hiriendo de muerte con sus cortantes filos. Los combatientes de uno y otro ejército se hallaban mezclados, luchando cuerpo á cuerpo, sobre una alfombra ensangrentada, cubierta de cadáveres (1). Diestros en la esgrima, los soldados españoles no descargaban golpe que no causase una víctima, ni daban paso sin encontrarse con las puntas de las lanzas de sus contrarios. Cada palmo de terreno era disputado tenazmente por una y otra parte. La valerosa mujer María de Estrada, empuñando la espada y abrazando la rodela como lo había hecho en la Noche Triste, acometía con indecible arrojo á sus contrarios, rivalizando en denuedo con los mas esforzados del ejército. Y no era una mujer de carácter duro ni falta de generosos sentimientos, sino «buena y honrada», dice el veterano historiador; pero que dotada de valor y juzgando un deber combatir por la fé y por el rey, quiso tomar parte en la

cabuces, pero carecían absolutamente de municiones. «Que no quedamos, dice Bernal Díaz, sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora.»

(1) «Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos á otros: tan juntos y envueltos andaban con nosotros.»—Segunda carta de Cortés.

lucha en los momentos mas críticos para el ejército (1). Los mejicanos, exaltados de ira al ver caer á su lado á sus mas queridos compañeros, acometían con furia indecible, hiriendo y matando con sus macanas y formidables espadas á los que no acudían á tiempo á parar sus golpes. Era una lucha sangrienta en que ambos ejércitos, despreciando la muerte, buscaban la victoria (2). Muchos españoles y tlaxcaltecas habían sucumbido, y el mismo Hernán Cortés recibió otra formidable pedrada en la cabeza. No había caballo ni caballero que no estuviese herido. Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Olid y otros muchos se hallaban cubiertos de heridas; pero no por esto dejaban de combatir con menos furia, entrando y saliendo á media rienda por entre los escuadrones mejicanos y derribando cuanto encontraban á su paso. Nadie sentía los golpes recibidos ni se cuidaba de la sangre que de su cuerpo corría; el hambre, la sed y el cansancio habían desaparecido como por encanto, de los soldados de Cortés. El ardor del combate les alimentaba y fortalecía (3). No luchaban con menos valor los aliados tlaxcaltecas. Raza belicosa y

(1) «Y á un buen soldado que se decía Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada mujer Maria de Estrada.»—Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

(2) «¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos en pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos.»—Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

(3) En la relación de los hechos de armas sigo á los testigos oculares. En ésta he tenido presente los escritos de Bernal Díaz y de Cortés. «Pues á nosotros, dice el primero, no nos dolían las heridas, ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal trabajo.»

altiva, como todas las que poblaban aquella hermosa parte de la América, «se batian como leones», dice Bernal Diaz; «y se mostraban sufridos y esforzados» (1).

El general español, acudiendo á donde la lucha era mas obstinada, animaba á sus soldados y les señalaba el sitio á donde debian dirigir las estocadas. Gonzalo de Sandoval, semejante en el valor y la presencia á los héroes de las leyendas de caballerías, corria de una parte á otra, con otros capitanes, rompiendo escuadrones y alentando á los infantes. «Amigos míos», exclamó lleno de entusiasmo, «hoy la victoria será nuestra. Para alcanzarla, nos ha reservado Dios la vida. El nos protege: adelante» (2).

Al terminar estas palabras, dirigió el brioso corcel hácia las numerosas masas que cerraban el paso, y acometiéndolas con otros jinetes, echó por tierra centenares de guerreros que llegaban á verse aplastados bajo las herraduras de los poderosos caballos. Pero los rasgos de heroicidad, los sublimes esfuerzos y la inquebrantable constancia de los castellanos parecian inútiles. A los guerreros aztecas que morian, reemplazaban inmediatamente otros, y el combate seguia sin que los españoles pudieran salir de aquel inmenso océano de gente, cuya orilla no llegaban á descu-

(1) «Pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente.»—Bernal Diaz, *Historia de la Conquista*.

(2) «Pues oír cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia «Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos; para algun buen fin nos guarda Dios.»—Bernal Diaz, *Historia de la Conquista*.

brir. Varias horas llevaban de lucha. El sol se aproximaba al cenit, enviando sus quemantes rayos sobre los combatientes. Los cristianos, aunque habian olvidado sus heridas y padecimientos con el ardor de la batalla, empezaban á sentir el cansancio y la fatiga, mientras los mejicanos presentaban nuevos escuadrones de refresco que acometian con mayor esfuerzo y decision. No era dudoso el resultado de la lucha. Los españoles, desfallecidos de hambre y desangrados, tenian que perecer agobiados por el número de sus contrarios. Solamente alguna circunstancia extraordinaria podia hacer cambiar el desenlace que se presentaba á la vista de todos. Hernan Cortés, que para cada obstáculo creaba un remedio, recorria con la vista el campo enemigo, buscando algo á que pudiese recurrir para alcanzar el triunfo. Su vista de águila descubrió á lo lejos un objeto en que fijó su mirada con avidez. Era el estandarte que el general en jefe Cihuaca llevaba sujeto á la espalda, y que, como he dicho, sobresalia tres varas sobre su cabeza. El distinguido personaje dirigia la batalla desde sus ricas andas, colocadas sobre los hombros de robustos soldados, á fin de dominar el campo y ver los acontecimientos. Rodeaban al general los mas ilustres guerreros, que revelaban lo ilustre de sus cunas en el noble porte de sus personas, en sus bellos mantos, en sus costosas armaduras y en las ricas joyas que ostentaban.

En el semblante de Hernan Cortés brilló la luz de la esperanza. Habia oido decir que los mejicanos se desordenaban cuando llegaban á perder su estandarte. El caudillo español se propuso apoderarse de él ó morir en la demanda. Difícil era la empresa; pero toda dificultad encer-

raba para él un encanto. Resuelto á dar el golpe decisivo, se dirigió á los valientes capitanes que le acompañaban, entre los cuales se hallaban Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Avila: «El cielo nos protege», dijo: «he descubierto el punto en que está la victoria; seguidme, señores». El valiente general arrimó las espuelas á su brioso corcel, y al grito de «Santiago», penetró con la caballería por entre los escuadrones aztecas, rompiendo el muro de lanzas y de espadas que le oponían, y derribando cuanto encontraban al paso, como el terrible huracan derriba los robustos árboles que tratan de resistirle en su impetuosa marcha. El inesperado y brusco ataque no dió lugar á que los mejicanos se preparasen á recibirle, y antes de que volviesen de su asombro, Hernan Cortés se hallaba ya á pocas varas del general contrario. Sin cesar en su carrera, y desprendiéndose de sus compañeros, como el rayo se desprende de la nube, se lanzó sobre el jefe azteca, y atravesándole con la lanza, le arrojó al suelo de las andas, atropellando á los guerreros que le rodeaban. Juan de Salamanca, jóven y valiente caballero que iba cerca de Cortés, desmontó rápidamente del caballo; le dió muerte; le quitó el rico penacho que coronaba el estandarte, y se lo dió al caudillo español, diciéndole: «que nadie tenía mas derecho que él á la posesion de aquel trofeo, pues habia sido el primero en abatir la bandera del enemigo» (1). Todo esto pasó con la rapidez de una exha-

(1) «Y le quitó el rico penacho que traía, y se le dió á Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera, y hizo perder el brio, le daba el plumaje.»—Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

lacion. Los nobles que formaban el estado mayor del general azteca, sorprendidos del suceso y atropellados por la caballería, emprendieron aterrados la fuga. El espanto se difundió entonces en todo el ejército. La muerte del jefe y la pérdida del estandarte, esparció el pánico en las filas mejicanas, que solo pensaron ya en salvarse. Jefes y soldados, poseidos de pavor y de sobresalto, huían sin oponer resistencia, atropellándose unos á otros y aumentando la confusion y el terror su mismo número. Los españoles y tlaxcaltecas, para evitar que pudieran rehacerse y continuar el combate, se lanzaron sobre los desordenados y fugitivos escuadrones, haciendo en ellos una horrible carnicería. Las fatigas, el cansancio y el hambre volvieron á olvidarse, y la persecucion fué tenaz y sangrienta. El ejército mejicano, deshecho y destruido, se alejó por diversos rumbos, temiendo ser perseguido. Dueños del campo los españoles, se ocuparon en recoger el rico botin abandonado por los vencidos. El campo se hallaba cubierto de cadáveres, y entre ellos se encontraban muchos nobles y capitanes que se habian presentado en el combate con sus mas brillantes joyás y preciosas armaduras, como era costumbre en aquellas naciones que despleaban toda su ostencion en los costosos y deslumbrantes adornos de sus vestidos. Hernan Cortés habia encargado á sus soldados que dirigiesen sus golpes á los personajes principales que se distinguían por sus penachos cubiertos de oro así como por sus ricas armas y divisas; y la tropa, siguiendo sus instrucciones, habia dado muerte á notable número de ellos (1). El botin fué abundante y rico. Los soldados

(1) «Y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con

españoles, lo mismo que los guerreros tlaxcaltecas, se ocuparon en apoderarse de los despojos dejados por el enemigo y entonaban cantos de victoria.

La batalla de Otumba, Otompan, dada el 14 de Julio de 1520, fué una de las mas notables para las armas españolas (1). El extenso valle que los mejicanos habian elegido para teatro del combate, debió ser la tumba de los restos del ejército español. Todo hacia creer que allí tendria funesto fin la empresa atrevida del caudillo castellano. No habia nada que hiciese dudar de que la victoria seria de las tropas aztecas. Los dos ejércitos formaban un singular contraste, altamente desventajoso para los cristianos. Los escuadrones mejicanos eran numerosos y se componian de gente robusta y descansada. Las cortas fuerzas que habian escapado de la matanza de la Noche Triste, se hallaban desfallecidas de hambre, extenuadas por las enfermedades, cubiertas de heridas, fatigadas de una marcha penosa por entre montañas, luchando de continuo en su retirada, sin artillería, sin arcabuces, sin nada de lo que al principio les habia hecho temibles, y lo que era peor aun, despojados del nombre de invencibles que un tiempo habian adquirido. Contaban, es cierto, en me-

ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados; porque todos traian grandes penachos con oro y ricas armas y divisas.»— Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

(1) Aunque Hernan Cortés dice que salieron del territorio mejicano el dia 8 de Julio, no acepto su fecha porque juzgo que se cometió un error en la edicion. Bernal Diaz del Castillo, á quien sigo, porque la fecha que pone corresponde con los dias que señala que estuvieron sitiados, dice: «Y fué esta nombrada batalla de Obtumba á 14 del mes de Julio».

